

Cartografía, cultura y poder: a propósito del debate por el mapa bicontinental argentino (Ley 26651).

Autores: Ariel Triulzi

Lic. en Geografía (UBA)/ Instituto de Formación Docente San Luis (IFDC)

aritriulzi@gmail.com

Autores: Ernesto Dufour

Lic. en Geografía (UBA) Observatorio Malvinas de la Universidad Nacional de Lanús (OM-UNLa)

dufour.e@gmail.com

El Cartógrafo anota lo que le interesa, en donde hay agua, si el agua es navegable, potable, útil, donde están los puertos, como están dispuestos los obstáculos, los pasos naturales, la calidad de las tierras, la población, sus defensas. Hacer un mapa es dibujar el teatro en donde el autor proyecta realizar un sueño por eso siempre es mejor guiarse por mapas hechos por nosotros mismos. Si el mapa que seguís no es el tuyo es posible que sin darte cuenta termines trabajando para el sueño de otros.

Julio Cardoso

Introducción

El presente trabajo interpela el debate suscitado en el ámbito de la geografía académica a partir de la sanción de la Ley Nacional N° 26651 (2010) que estableció el mapa bicontinental como nueva cartografía oficial argentina. El debate tuvo repercusión en la prensa nacional, a través de sendas notas de opinión en los diarios La Nación, Clarín, La Voz del Interior, Perfil y La Capital, escritas por reconocidos geógrafos del sistema científico nacional.

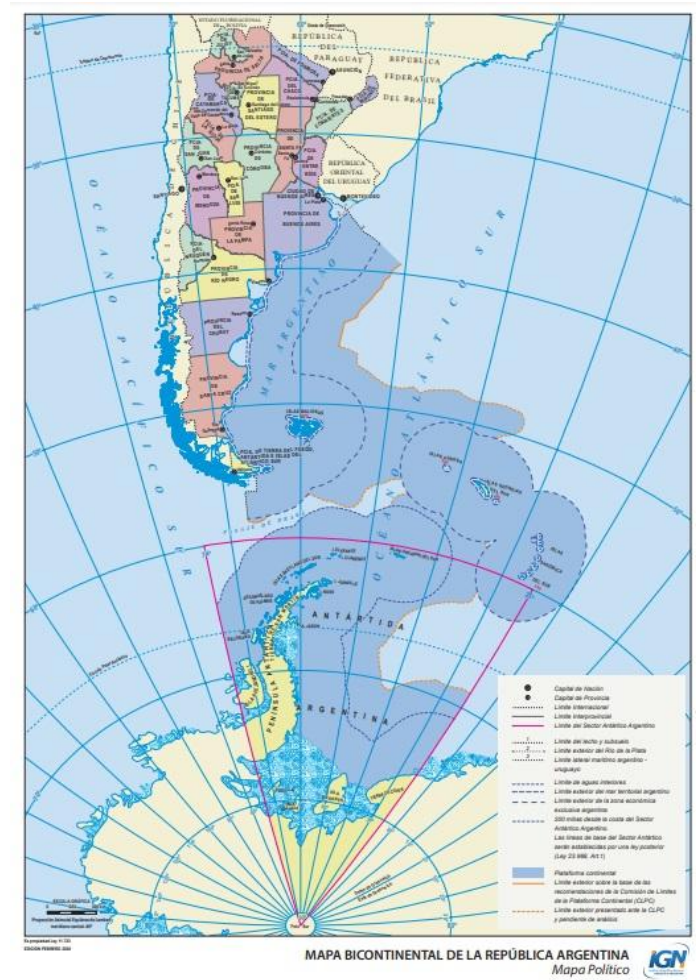
El tono crítico respecto el mapa bicontinental - que llegó a alcanzar, incluso, grados de denostación - giró en torno a la “persistencia de un ideario nacionalista con fuertes contenidos militares y territoriales” que la nueva cartografía oficial sería portadora. El debate - en rigor,

un posicionamiento unívoco al interior de la disciplina geográfica; de carácter prescriptivo y concluyente frente a la esfera pública a la que estaba dirigido - da cuenta del estatuto epistémico de la cartografía que, lejos de expresar una supuesta “mímesis con la realidad”, se erige como artefacto simbólico, vehículo de determinaciones culturales y políticas más amplias¹.

El mapa bicontinental de la República Argentina, que incorpora en una misma escala el sector antártico y los espacios marítimos, impulsa sentidos de pertenencia territorial sobre estas “nuevas geografías” y promueve la conciencia marítima y antártica argentina, en tanto fundamento geográfico de una “inédita” identidad nacional de carácter bicontinental y marítimo.

De esta manera, mapa bicontinental “pone en escena” el espacio crítico del Atlántico Sur, atravesado por el conflicto de soberanía con Gran Bretaña ya no sólo simbólico sino estrictamente real, al tiempo que visibiliza la Antártida Argentina, espacio en disputa latente apenas pospuesta por el Tratado Antártico. Así, el mapa bicontinental reactualiza la disputa por el sentido de Malvinas y los acontecimientos de 1982, visibilizando el avance “en sordina” sobre los espacios marítimos, por parte de Gran Bretaña, ampliando notablemente la superficie usurpada durante el periodo de posguerra en el marco del proceso de desmalvinización y la concomitante consolidación de la ocupación británica.

¹ Quintero, Silvina, 1999, “Pensar los mapas” en Besse- Escolar comp. En *Topografías de la Investigación* (2000), cap 6. Eudeba. Bs As.



IGN

El posicionamiento de la geografía académica

Con la sanción de la Ley de Carta n° 26651 en el año 2010 que establece la obligatoriedad de la utilización del mapa bicontinental en el sistema educativo y su exhibición en todas las reparticiones públicas y organismos del Estado se produjo un intenso debate en los principales diarios de circulación masiva. Allí manifestaron sus puntos de vista, de cuño fuertemente condenatorio, renombrados especialistas del campo académico de la geografía como Carlos Reboratti, Carla Lois, Guillermo Cicalese además de los historiadores Hilda Sabato y Luís Alberto Romero, entre otros, acompañados a su vez por sendas editoriales en La Nación y Clarín.

Todas ellas contienen como común denominador, el tono fuertemente crítico respecto del mapa bicontinental desde , básicamente, dos dimensiones. Por un lado, la crítica general apuntaba a cuestiones de índole técnico -aunque subsidiaria de la dimensión ideológica -

centradas en los conceptos de escala y proyección cartográfica adoptados en la confección del nuevo mapa así como también en la “errática” implantación de símbolos cartográficos sobre espacios (Malvinas y Antártida) donde Argentina no ejerce soberanía efectiva. Por otro, y objeto principal de las críticas, a los preceptos ideológicos que orientarían el diseño y la implementación de la nueva cartografía oficial en el marco de lo que los autores interpretan como un “*nacionalismo territorialista enfermizo*”².

Resulta llamativo el uso profuso de adjetivaciones expresadas, de fuerte connotación negativa, al tratarse de notas de opinión fundadas en el saber científico con pretensión objetivista. Los motivos de semejante repulsa intelectual podrían -en alguna medida- encontrarse en la coyuntura política del año 2010 donde la cuestión nodal de la definición de la política cartográfica oficial de la República argentina quedó constreñida al clivaje político del momento signado por la llamada “grieta” entre el oficialismo de entonces y la “prensa hegemónica” a través de la cual se aglutinaba la oposición al gobierno de turno.

Pasados más de 10 años de la sanción de la Ley 26651 - y considerando la reciente actualización de la cartografía oficial argentina a través con la ley 27657 que incorpora al cuerpo jurídico nacional los espacios marítimos validados por la CONVEMAR³ - se impone una ponderación crítica de mayor alcance omnicompreensivo acerca del estatuto epistémico del mapa bicontinental argentino fundada - antes que en urgencias políticas y/o alarmas ideológicas- en la perspectiva teórica de la geografía contemporánea, específicamente desde su giro político y cultural. Campo teórico- la geografía cultural y la llamada geografía de los imaginarios- que tiene un fecundo desarrollo dentro del ámbito de la geografía académica argentina⁴ aunque, sin embargo, no ha tomado a Malvinas, Antártida y atlántico sur como objeto de estudio primario pese a constituir un campo fértil para indagar la relación entre territorio, cultura y poder en términos de sentidos de pertenencia territorial, representaciones geográficas e imaginarios espaciales. En la medida que la Causa Malvinas constituye uno de

² Cicalese Guillermo, “El mapa bicontinental argentino: la venganza póstuma del geógrafo nacionalista Raúl Rey Balmaceda” de, Diario La Capital de Mar del Plata, 11 de Octubre de 2015.

³ Convención de los Derechos del Mar de las Naciones Unidas.

⁴ Para profundizar ver Zusman, Perlay Haesbaert, Rogério et al [ed.], 2011, Geografías culturales aproximaciones, intersecciones y desafíos, Ed. FyL UBA, Buenos Aires. Disponible en: http://publicaciones.filo.uba.ar/sites/publicaciones.filo.uba.ar/files/Geograf%C3%ADas%20culturales_interactivo.pdf

los núcleos más potentes de la cultura popular argentina⁵ y que la bicontinentalidad argentina es una cuestión latente - y creciente- en el marco del escenario pos tratado antártico hacia el que nos encaminamos en las próximas décadas.

El conjunto de argumentaciones de carácter refractario y condenatorio hacia el mapa bicontinental , así como también sobre la obligatoriedad de su uso en la escuela, vertidas en los medios de prensa desde el saber académico de la geografía - con la carga de legitimidad que ello conlleva- ha tenido una fuerte incidencia en todos los niveles del sistema educativo, muy particularmente el ámbito de los profesores de geografía que han tendido a resistirse a su utilización en las aulas recurriendo, a modo de insumo, a esas mismas consideraciones⁶.

Yendo a la letra de las notas de opinión y en cuanto a las cuestiones técnicas del diseño cartográfico, Cicalese⁷ argumenta “ *el mapa así tal cual está no suma conocimiento ni una ampliación de la conciencia, no hay correspondencia entre el dibujo y la realidad (el terreno). Sería entonces conveniente para los territorios en cuestión fuera de la soberanía nacional utilizar otros trazos, diseños y colores que operen como advertencia, para llamar fuertemente la atención y sacar a los observadores del rol de espectadores pasivos*”. Entiende que “ *un mapa podría ser pensado como un dispositivo racional de orden matemático y geométrico. Sus pautas son muy específicas y unívocas de cómo se debe interpretar cada signo, color o trazo estampado*”. Y, a continuación, agrega, “*no es correcto utilizar el mismo diseño gráfico, colores y signos para las provincias argentinas, el Sector Antártico y las Islas Malvinas e Islas del Atlántico Sur; sobre las provincias se ejerce soberanía en los otros dos territorios no, a pesar de que se les adjunte la sigla ARG*”, “*(...) se podría estampar una leyenda que no sea simplemente parásita de la figura y que indique ‘cómo leer’ esas indefiniciones soberanas*”.

En un mismo sentido, Reboratti⁸ encuentra graves problemas prácticos en la incorporación del sector antártico argentino en una misma escala cartográfica que el resto del territorio argentino a diferencia del mapa tradicional donde la antártida aparecía en una escala mayor (es decir con menos detalles) en el borde inferior derecho “ [aunque más no sea] *Por un*

⁵ Vassallo, Sofia et al. 2017, “Gráficas del pueblo. Memoria de la Causa Malvinas en el paisaje”, informe de investigación no publicado, Observatorio Malvinas, Universidad Nacional de Lanús. Disponible en <http://memoriamalvinera.unla.edu.ar/pdf/graficas-del-pueblo-informe-de-investigacion-diciembre-2017.pdf>

⁶ <https://www.lanacion.com.ar/sociedad/un-nuevo-mapa-del-pais-discutido-y-sin-eco-en-las-aulas-nid1767193>, <https://www.infobae.com/2015/02/10/1625850-los-nuevos-mapas-la-argentina-son-resistidos-las-aulas/>

⁷ Cicalese, Guillermo, op. cit.

⁸ Reboratti, Carlos “ La ideología carga sobre la cartografía”, Clarín, 30 de Noviembre del 2010. Disponible en https://www.clarin.com/opinion/ideologia-carga-cartografia_0_SJXe0iKTD71.html

simple problema de comodidad ". Entiende que esa decisión se enmarca en un horizonte de sentido que expresa un *"país virtual antes que real"* debido al estatus diferenciado de la Antártida conforme a la vigencia del Tratado Antártico donde no se ejerce soberanía, y cuya incorporación está motivada por *"devaneos geopolíticos"* de un *"nacionalismo enfermizo"* que con *"machacona insistencia formaron una suerte de 'sentido común territorial' "*. Agrega además, *" [con el mapa bicontinental] los pobres alumnos del colegio se van a tener que enfrentar ahora con un mapa donde la provincia de Tucumán es sólo una pequeña mancha, mientras miran con curiosidad una enorme extensión vacía"*.

En la misma línea, Lois⁹ entiende que la incorporación de la Antártida en el mapa a una misma escala que el resto del territorio nacional se vincula con la apuesta *"al fervor nacionalista"* que apela, a fuerza de repetición, a *"naturalizar en el sentido común el supuesto derecho argentino sobre esos territorios"*. La autora ubica el problema no en el mapa en sí mismo sino *"en los usos que se hacen de él y en los discursos que se montan sobre él"*. En la misma línea entiende que el nuevo mapa *"adula el ego nacionalista"*.

Un común denominador de las notas de opinión analizadas es la presunción fuertemente ideológica -antes que científica - que atribuye al mapa bicontinental un carácter *"nacionalista retrógrado y enfermizo"* cuya razón de ser consistiría, de acuerdo a esta mirada, a una suerte de insanciable voracidad por la ampliación de territorios. Un supuesto ideológico desde el cual se inviste a la nueva cartografía como *"didácticamente inútil y para peor, mentirosa"* al *"oficializa[r] un mapa que es básicamente un engaño: el de la posesión de un territorio de soberanía inexistente"*¹⁰. Siguiendo la misma narrativa Cicalese¹¹ se pregunta, aunque matizando un poco las definiciones tajantes, si el nuevo mapa intenta resucitar el *"nacionalismo territorial enfermizo"* del que parte como premisa, *"(..) No parece ser el caso, las disertaciones y las prácticas de corte nacionalista del gobierno [de Cristina Kirchner] están en las antípodas. Sus fuentes se pueden rastrear en distintos saberes, doctrinas y experiencias: el populismo, la izquierda latinoamericana, la crítica cultural poscolonialista, la resolución pacífica de las controversias y un neorrevisiónismo histórico; que si bien a veces resuena lineal y maniqueo está distante del origen y condiciones de desenvolvimiento*

⁹ Lois, Carla, "El mapa no alcanza para cambiar la realidad", Clarín, 12 de Noviembre 2013. Disponible en: https://www.clarin.com/opinion/mapa-alcanza-cambiar-realidad_0_ByMGcHGdmg.html

¹⁰ Reboratti, Carlos, op. cit.

¹¹ Cicalese, Guillermo, op. cit.

del nacionalismo territorial". Aunque afirma que el mapa *en sí mismo* es portador de "berretines y empeños de los geógrafos nacionalistas de aquellos tiempos"¹².

En el marco de una necesaria vigilancia epistémica de estos postulados, se imponen algunas reflexiones desde, al menos, tres vertientes y/o perspectivas analíticas. Por un lado, resulta pertinente problematizar la categoría de "nacionalismo territorialista" que tiende a oficiar de obstáculo epistemológico al prescribir de manera preconcebida y con carácter unívoco que el mapa bicontinental se inscribe -exclusivamente- dentro de una matriz política autoritaria¹³ que anula, tiñe o invalida toda posible reflexión posterior. Una tradición que sería expresión dentro del campo de la disciplina geográfica de un "nacionalismo retrógrado y trasnochado" que tomaría a los espacios como meros "fetiches" en un supuesto afán -perenne, absoluto y hasta adictivo- de dominio y poder a través del incremento territorial.

Esta mirada restringida deja fuera del análisis la propia naturaleza del estado- nación, el papel que juega lo simbólico en su gestación, consolidación e incesante (es decir, histórica) reapropiación por parte de las mayorías bajo su seno conforme a las coordenadas histórico-geográficas particulares y el proceso de formación territorial (es decir, concreto) de la parte austral del continente suramericano que no puede entenderse sin considerar determinaciones de poder a escala mundial.

Se excluye fundamentalmente del análisis el entramado de relaciones de poder asimétricas realmente existentes que se expresan de manera multidimensional y multiescalar a partir y *a través* de los espacios y territorios. Un campo de fuerzas en disputa por parte de sujetos políticos concretos dotados cada uno de intereses, necesidades y cosmovisiones - y distintas capacidades efectivas de intervención- las más de las veces en disputa y contraposición con los intereses, necesidades y cosmovisiones de otros sujetos históricos- cuyas determinaciones inextricablemente atraviesan y/o compelen a todo Estado, incluidas sus políticas cartográficas.

¹² Se refiere al geógrafo Raúl Rey Balmaceda ligado al pensamiento geográfico tradicional que hasta la década del 70 su obra tuvo una fuerte gravitación en los textos escolares, universitarios y colecciones de geografía popular.

¹³ Precisamente, Carlos Reboratti tuvo un destacado papel en la renovación teórica y metodológica de la carrera de la UBA en el marco de la recuperación democrática en 1983. En términos teóricos y disciplinarios, los intentos de democratización encontraron su antagonismo en el pensamiento geográfico tradicional nucleados en instituciones como GEA (Sociedad Argentina de Estudios Geográficos) ligados a la geopolítica clásica, fuertemente resistida en el campo de la geografía académica.

Los postulados de los autores citados no profundizan aquello que está vívidamente presente y en latencia, el conflicto real con Gran Bretaña por la usurpación territorial del atlántico sur y su pretensión antártica que se superpone en su totalidad al reclamo argentino y parcialmente en el caso chileno que el mapa bicontinental coloca en primer plano de visibilidad. Profundizar este conflicto irresuelto en pleno curso implicaría dar cuenta de un posicionamiento de tipo ético- político por parte de los autores no solo en su rol de académicos sino también como ciudadanos. Precisamente en un conflicto de soberanía territorial con la potencia neocolonial que constituye el factor estructurante central del vasto espacio de Malvinas, Atlántico sur y Antártida que el mapa bicontinental viene a hacer foco, colocando “el dedo en la llaga”.

Por último, los postulados antedichos parecieran -paradójicamente- ratificar las mismas premisas que pretenden problematizar en torno al estatuto conceptual de la cartografía. Aquella concepción cartográfica tradicional que entiende a los mapas como “reflejo mimético de la realidad”. En las notas de opinión se le reclama al mapa bicontinental que en su simbología no da cuenta del estatus quo del Atlántico sur y la Antártida. Un real- geográfico signado por las determinaciones de poder británico - vigentes y proyectadas- insertas en el dispositivo de seguridad de la OTAN que aparece, de algún modo, naturalizado ¿Existirá allí también un “retrógrado” y “enfermizo” nacionalismo territorialista de alcance, en este caso, global? Nada de lo escrito en las notas de opinión brinda pistas al respecto.

Mapas como textos. Ruptura de la mimesis cartográfica¹⁴

La geografía tradicional entendía a los espacios únicamente en su condición de objeto físico o mero soporte a-significativo de las relaciones humanas localizable en un plano de coordenadas. Que en la escuela geopolítica clásica - surgida en el “pensar imperial” de las potencias mundiales con sus respectivos correlatos “a escala local” en las distintas naciones periféricas- aparecen como meras “prendas de cambio” de la “diplomacia de las cañoneras”. El espacio como cosa.

¹⁴ Una versión resumida del planteo aquí desarrollado se encuentra en: “Imágenes cartográficas: Geografía, cultura y poder”, en Jaramillo, A. (Org), 2016, Atlas histórico de América Latina y el Caribe . Aportes para la descolonización pedagógica y cultural, Tomo III. Remedios de Escalada, EDUNLA, en el cual uno de los autores del presente trabajo fue parte integrante del equipo autoral.

Sin embargo, no es posible concebirlas sino desde “algún lugar”, vale decir, desde alguna idea, necesidad, teoría, interés, demanda, estímulo o deseo que oriente la percepción y permita dotar de sentido a esa “física”, que devendrá directa o indirectamente en una determinada manera de intervenir en él. Un “desde algún lugar” que incluye su sentido estricto, un punto localizado a partir del cual captar el mundo que se extiende más allá de la mirada. Pero ¿hasta dónde? hasta donde se pueda y tenga sentido imaginar.

Desde hace ya varias décadas, el espacio geográfico dejó de ser concebido al modo de la geografía tradicional como un mero receptáculo físico donde apenas se montan procesos políticos, económicos o culturales definidos en otras esferas. Los espacios geográficos no solo son plausibles de ser apropiados materialmente sino también simbólicamente – al estimular ideas y valores- e identitariamente -al formar parte de nuestra estructura de sentimientos y sentidos de pertenencia-. El conjunto vívido de representaciones, identificaciones y afectos que los lugares nos inspiran y provocan van configurando – también- los territorios en la medida que condicionan, obturan o promueven determinadas acciones u omisiones a partir y a través de ellos. Los espacios -dadas ciertas condiciones históricas y contingentes- pueden devenir *en sí mismos* agencia política e identitaria.

Somos hijos tanto del tiempo como del lugar donde nos tocó nacer y crecer. No hay tiempo sin espacio, "todo presente es ante todo una presencia". Y toda presencia del sujeto no se reduce a un mero posicionamiento locacional en un plano de coordenadas sino que es indisoluble a un emplazamiento de tipo vivencial y ético-político. El planteo marca el pasaje de la crasa topografía a una topología de tipo vivencial, la cual implica una distancia o proximidad emocional, afinidad o repulsa de los sujetos involucrados que no tiene expresión numérica o geométrica¹⁵.

"Malvinas", por caso, no solo hace referencia a la superficie de las islas y sus mares circundantes o, incluso, únicamente a la usurpación británica en pleno curso; sino que -al mismo tiempo- interpela las propias “capas tectónicas” de nuestro fuero íntimo como comunidad nacional (que incluye pero que, por supuesto, excede la noción de “comunidades epistémicas”). Remite a sentidos de pertenencia que siempre gravitan y cristalizan de manera directa o indirecta en la espacialidad. Y esos valores y sentidos no son un mero anexo o

¹⁵ Dufour, Ernesto et al. 2017, “Gráficas del pueblo. Memoria de la Causa Malvinas en el paisaje”, informe de investigación no publicado, Observatorio Malvinas, Universidad Nacional de Lanús. Disponible en <http://memoriamalvinera.unla.edu.ar/pdf/graficas-del-pueblo-informe-de-investigacion-diciembre-2017.pdf>

agregado “superestructural” sino que también constituyen ontológicamente al espacio no reducido a la crasa “fisicidad” de las islas en la medida que estimulan, promueven u obturan distintas acciones u omisiones en los modos de intervenir en el real-geográfico. En tanto símbolo, Malvinas, desborda todo territorio pero -sin embargo- no puede entenderse sino a través de él¹⁶. Poco importa la distancia medida en km respecto de las islas sino “cuánto tienen que ver conmigo, o lo que es lo mismo, o "como hacemos para llegar allá", implícito en la consigna “Malvinas Volveremos”¹⁷.

Asimismo, las determinaciones de poder no dejan de incidir en la configuración y estructuración de los espacios geográficos. En este sentido, los lugares y territorios pueden concebirse -al mismo tiempo- como *locus* de disputas de poder entre grupos sociales concretos que operan a diversas escalas. El territorio realmente existente— más allá de su definición jurídica— constituye la instancia resultante o expresión de las relaciones conflictivas mediadas por estructuras espaciales, las cuales participan activamente tanto en los intentos por mantener el estatus quo geográfico como en los intentos por su transformación.

El espacio geográfico realmente existente tanto en el terreno como en el propio cuerpo, -el cuerpo, acaso, como el primer territorio- será aquel que logre sedimentar en algún momento del proceso histórico incesante. En definitiva, algunos espacios geográficos son -o pueden devenir en- espacios existenciales.

Desde este horizonte conceptual de la geografía contemporánea se impone una reflexión concomitante respecto la cartografía en tanto constituye la ciencia auxiliar por excelencia de la disciplina geográfica. Aprender el espacio mediante el dispositivo cartográfico “tal cual es” comporta un imposible. Siempre se ejerce una mediación intelectual o afectiva al impregnarle sentido a esa “fisicidad” siempre espacializada. Es el sentido investido lo que constituye ontológicamente el espacio geográfico y la cartografía es la herramienta por excelencia de esa operación intelectual. (Re)presentar —hacer presente aquí y ahora— aquello que está lejos y que por alguna razón se desea o necesita. Hacer que algo de “allá” esté “acá”.

¹⁶ Litorales. Revista de Geografía y Ciencias Sociales. Editorial n° 0. Instituto de Geografía, FyL. UBA Disponible en: <https://web.archive.org/web/20090327072045/http://litorales.filo.uba.ar/web-litorales/numero0.htm>

¹⁷ Vassallo, Sofía et al. op. cit.

La cartografía aparece entonces como un instrumento por excelencia de representación por su indudable utilidad práctica para tornar visibles geografías lejanas. La geografía (concreta y representada) también tiene que ver con mover cosas, tangibles e intangibles a la vez, a despecho de la concepción estática e inmóvil del espacio, propia de la geografía tradicional, en la medida que los espacios pueden ser pensados como un sistema integrado de fijos y flujos¹⁸. Los espacios pueden ser pensados como lugares donde se fija el movimiento¹⁹ tanto de elementos materiales como ideacionales. En los mapas, los lugares encuentran su escritura, entonces pueden ser vistos como poderosos factores de estructuración de geografías particulares²⁰.

La confección de un mapa ofrece una modalidad de visualización que intenta ordenar la inmensidad del mundo, en función de determinadas miradas, presunciones, visiones, intereses o necesidades de los sujetos productores de los mapas. De aquellos sujetos con capacidad efectiva para “invertir” de sentido a los espacios deseados y/o imaginados.

La elocuencia del mapa conlleva el efecto en el plano de los imaginarios geográficos que la forma de percibir – y prescribir- los territorios “emana del suelo”, en una supuesta correspondencia mimética entre mundo material y universo simbólico representado²¹. Sin embargo, las representaciones y los imaginarios territoriales operan por detrás y a través de los mapas que no son inocuos en la medida que promueven u orientan distintos modos de intervenir en los espacios, paisajes y lugares, por acción u omisión. Todo representar es una apropiación simbólica en busca de su referente empírico que pulsa por generar efectos reales.

Los dispositivos cartográficos son, en definitiva, un artefacto simbólico, vehículo de determinaciones culturales y políticas más amplias que conlleva un poder: el de configurar y dar existencia visible al mundo representado²². Por eso, podemos pensar los mapas como textos o “teatro en donde el autor proyecta realizar un sueño”, como reza la cita incluida al inicio del trabajo. La dimensión simbólica es parte constitutiva del estatuto epistémico de la

¹⁸ Santos, Milton. 2008. “Espaço e método”. São Paulo: Edusp.

¹⁹ Escolar Marcelo (1992). “Los lugares donde se fija el movimiento : diferenciación e identificación geográfica”. Tesis de Doctorado. F,Fy L UBA. Buenos Aires.

²⁰Quintero, Silvina, op. cit.

²¹ Quintero, Silvina, op. cit.

²² Quintero, Silvina, op. cit.

cartografía. En el cual , como resalta Quintero, la función connotativa de los mapas se impone a la función denotativa²³.

En tanto poder simbólico posee la capacidad de eufemización respecto de otros poderes, debido a su carácter de poder subordinado a la estructura de relaciones de fuerzas, ya no simbólicas, sino estrictamente reales²⁴. Lo simbólico elabora narrativas de sentido plausibles de organizar, estimular u obturar las acciones y prácticas de los actores en el campo de fuerzas en pugna.

Vemos ,por tanto, que la representación de un país no remite a “meros dibujitos” de carácter neutro sino que involucra pasiones, sentimientos y proyectos políticos y culturales que se expresan a través de esa imagen en apariencia inocua tal como evidencia el debate suscitado luego de la sanción de la ley. Mucho más en el caso del mapa-logotipo de un país elaborado por los organismos cartográficos oficiales en el cual la función simbólico-identitaria, se impone a otros usos de cara a la ciudadanía bajo su seno al tiempo que cumple, a escala mundial, una función estratégica primordial de su política exterior ante el resto de los estados del sistema internacional.

²³ Quintero, Silvina, op. Cit.

²⁴ Bourdieu, Pierre, 1999, “Sobre el poder simbólico (pp. 43-68)”. En *Intelectuales, política y poder*. Eudeba, BsAs, 1977.



Mapa Bicontinental de Nicolás Boschi

Mapa, estado-nación y poder: un nudo borromeo.

Es pertinente establecer la importancia de la institución cartográfica en la cultura de occidente y seguir el derrotero del vínculo entre “el mapa y el poder“. Es necesario superar la noción también sólidamente instalada sobre la cartografía y sus productos, el mapa, como mero instrumento circunscrito al campo de la técnica²⁵. Desde el siglos XV en adelante los mapas cumplieron la función estratégica central de posibilitar el despliegue de los potencias navales europeas a lo largo y ancho del globo a partir de la recuperación de los antiguos mapas portulanos modificando la función litúrgica y cosmogónica predominante en la cartografía medieval al tiempo que una utilidad eminentemente militar.

²⁵ Quintero, Silvina, op. cit.

Desde mediados del siglo XIX el desarrollo de la cartografía asume nuevas significaciones con la expansión de los aparatos burocráticos del estado territorial moderno y con el avance del reformismo liberal y positivista en el espacio latinoamericano y otras regiones periféricas. En ese contexto, comienza a vincularse la cartografía de base con la información estadística y catastral tendiente a satisfacer requerimientos de centralización y homogeneidad de la información territorial en el marco de expansión y consolidación de los estados nacionales, forma institucional que fueron adquiriendo las unidades políticas hacia fines del siglo²⁶.

El estado como producto de determinaciones del orden oligárquico se plasma de manera tangible en los aparatos burocráticos tanto como en la formación de un sistema cultural de legitimación de la autoridad estatal²⁷. Para Abrams, el estado es, ante todo, un ejercicio de legitimación que intenta legitimar un orden “que podría no serlo”. En este sentido, la internalización de una identidad “nacional” -asumida como control ideológico de la dominación- conforme al alcance geográfico que las determinaciones del orden oligárquico le habilitan a proyectar es un atributo de estatidad que opera en la misma jerarquía epistémica que el resto de los atributos de estatidad establecidos en el difundido modelo de Netl, a saber: el de externalización del poder, institucionalización de la autoridad y diferenciación del control. De esta manera, lo identitario no aparece como mero anexo “superestructural” o epifenómeno respecto del resto de los atributos “duros” sino que constituye una dimensión decisiva en la legitimación del orden en el plano simbólico e ideacional, precondition de la propia existencia y reproducción del estado.

El estado con todo su conglomerado burocrático y jurídico-administrativo no es otra cosa que la cristalización de un orden político, es decir, determinaciones de poder triunfantes encarnadas en sujetos históricos concretos en contraposición a otros proyectos posibles de ordenamiento de las relaciones sociales en un contexto temporo-espacial específico. Como advierte Weber, “La administración burocrática es la forma más racional de ejercer una dominación”²⁸.

²⁶ Ver Nadal, F. y Urteaga, L., 1990, “Cartografía y Estado. Los mapas topográficos nacionales y la estadística territorial en el siglo XX. Geocrítica, nº 88. Barcelona.

²⁷ Ver Abrams, P. (1977). “Notas sobre la dificultad de estudiar al estado”. En *Journal of Historical Sociology*, vol. 1, nro. 1, 1988, pp. 58-89.

²⁸ Weber, M (2002). *Economía y sociedad. Esbozo de sociología comprensiva*. (pág.: 224) FCE, Madrid, 1922.

El mapa adquiere una función política nodal en la construcción del estado- nación más allá de su utilidad instrumental. Desde el planteo de Anderson²⁹, es posible pensar el mapa no únicamente como una mera herramienta de gestión administrativa o de estrategia militar sino como un dispositivo fundamental en la construcción de imágenes identitarias. Según el autor, el mapa vehiculiza otras funciones vitales para la consolidación y el accionar del estado colonial: “ (...) *tres instituciones del poder que, aunque inventadas antes de mediar el siglo XIX, cambiaron de forma y de función cuando las zonas colonizadas entraron en la época de la reproducción mecánica. Estas tres instituciones fueron el censo, el mapa y el museo: en conjunto, moldearon profundamente el modo en que el Estado colonial imaginó sus dominios*”³⁰. Estaríamos entonces ante una nueva utilidad del mapa. La función simbólico-identitaria que permite dar forma a una identidad nacional. De aquí que la cartografía topográfica como tarea de Estado implica su incorporación como práctica estatal, como un saber crítico del estado a través de organismos cartográficos oficiales por su capacidad de moldear imágenes y representaciones geográficas que brindan cuerpo y encarnadura a la nacionalidad y al conjunto de instituciones que la promueven.

De acuerdo a Thrower, el Atlas Nacional representa la “quintaesencia” de la cartografía oficial debido a que expresa el orgullo y la independencia de la nación. “*El mapa-logotipo, al instante reconocido y visible por doquier penetró profundamente en la imaginación popular, formando un poderoso emblema de los nacionalismos que por entonces nacían*”³¹. A diferencia del periodo anterior hasta el siglo XVIII, donde el diseño de mapas era realizado principalmente por cartógrafos individuales, o en tanto integrantes de dinastías de geógrafos o casas editoras; la cartografía se transforma en herramienta estratégica y empresa del estado, inherente a su propia existencia como tal, y pasará a depender, cada vez más, de sus necesidades administrativas y político-institucionales³². En el nuevo contexto el mapa, adquiere nuevas complejidades dada su elaboración a partir de un entramado institucional que va ir incorporando estándares técnicos de producción cartográfica homogeneizados

²⁹ Anderson, Benedict Anderson, 2000 *Comunidades Imaginadas. Reflexiones sobre el origen y difusión del nacionalismo*. Cap X. *El censo, el mapa y el museo*. Bs. As. Fce.

³⁰ Anderson, B. op. cit., pág. 228.

³¹ Thrower, N., 2002, *Mapas y civilización. Historia de la cartografía en su contexto cultural y social*. (pág. 245) Ediciones del Serbal, Barcelona. 1996.

³² Nadal, F. y Urteaga, L., op. cit.

internacionalmente³³. En este sentido, el estudio de la cartografía representa una puerta de entrada fecunda a un amplio campo analítico al hacer visible el entramado social, cultural y político y las relaciones de fuerza a nivel multiescalar, inmanentes al proceso incesante de reapropiación y/o relanzamiento del sentido -y alcance- de la nacionalidad por tras – y a través- de la “forma estado”.

La emergencia de una “identidad nacional”, por supuesto, no fue un proceso lineal o teleológico ni tampoco consecuencia de un movimiento histórico unidireccional. En América Latina, a diferencia de Europa, el pasaje del estado colonial al estado-nación oligárquico, formalmente independiente pero sujeto a la dominación semicolonial del orden mundial emergente en el siglo XIX requirió de la creación, por parte de las elites políticas y culturales, de una entidad político-cultural-geográfica al momento inexistente, la nación.

Las regiones tenían existencia previa a la nación la cual se superpuso a las realidades territoriales preexistentes. Lógicamente, los atributos de estatidad no se desplegaron sobre una tabula rasa sino antes bien en “fricción” o amalgama áspera debido a las -en palabras del geógrafo brasileño Milton Santos- “rugosidades” propias de las formas espaciales heredadas. Esto es, toda la materialidad y legados culturales cristalizados forjados durante tres siglos en el anterior orden español en América - que tuvo centro de gravitación en el Perú y estaba volcado hacia el pacífico- sedimentó una sociedad indiana conformada por la vivida fusión entre españoles, africanos e indígenas. Una real -geográfico signado por las cosmovisiones criollas e indomestizas fundantes.

La elaboración político- intelectual llevada a cabo por las elites ilustradas no “derramó” de manera fluida o armónica sobre el mayoritario, al decir de Halperin Donghi, “conglomerado mestizo-criollo”. Consecuentemente, no existía en el espacio americano una identificación nacional como tal con anterioridad y al momento de las guerras independentistas sino, al menos, una doble pertenencia territorial. Por un lado, aquella ligada al terruño, a los lugares vitales más próximos, la provincia - que es la base del federalismo argentino- y por otro -en continuidad no como contraposición-, una pertenencia omniabarcativa y ecuménica a escala

³³ El proceso de internacionalización de los mapas se dio, paradójicamente, en simultáneo con el apogeo de las soberanías nacionales individuales. Ver Thrower, N. 1999, “Maps and Civilization”.Cap 8. En: Cartography in Culture and Society. University of Chicago press.

continental o “patria americana”, que el postulado de Simón Bolívar “no somos ni indios ni europeos” es una clara expresión.

El pasaje del estado colonial al estado nacional supone un nuevo principio de legitimidad fundado en la soberanía popular restringida³⁴ y acotada a una determinada – e inédita hasta el momento – escala o alcance geográfico, ahora “nacional”, entre el continente y la provincia. *Nación y pueblo* (a partir de ese momento “investido” como argentino, uruguayo, ecuatoriano, peruano, etc.) emergen en el largo histórico como entidades que se co-constituyen producto de determinaciones de poder que se expresan a través de las nuevas unidades político-territoriales en reconfiguración. Dicho pasaje conflictivo supuso la necesidad de gestar un nuevo principio de legitimidad que se expresa ontológicamente a través de las nuevas unidades político-territoriales bajo la forma estado que reorganiza dramáticamente la realidad territorial preexistente³⁵.

En Argentina, luego de las batallas de Caseros y Pavón a mediados del siglo XIX marca el momento, tal como advierte Oporto³⁶, en que ser argentino implicaba “dejar de ser americano”. No solo como diferencia o ajenidad entre Argentina/ América (latina) sino como su contraposición. El proceso de “invención de la nación” por parte de la oligarquía terrateniente y portuaria es concomitante con la transformación del pueblo realmente existente signado ontológicamente por la cultura criollo-hispánica, la religión católica, ya profundamente mestizada o apropiada, conforme al orden valórico del proyecto de país oligárquico, excluyente en lo político, agroexportador en lo económico, socialmente desigual y culturalmente iluminista/positivista. La construcción de la identificación territorial, ahora nacional, bajo tales parámetros implicaba refundar los sentidos de pertenencia con base en

³⁴ Ansaldi, Waldo y Giordano, Verónica, 2016, América Latina. La construcción del orden., tomo 1: capítulos 3 y 4. Buenos Aires: Ariel.

³⁵ Un ejemplo prototípico de esta reorganización geográfica lo representa la clásica regionalización del territorio argentino. Las regiones de Cuyo, Comahue, Patagonia, pampeana, andina y mesopotamia, cada una con sus características y recursos que, en conjunto, constituyen y dan forma al país llamado Argentina. Esta visión de base naturalista, es decir, prepolítica, tiene un efecto performativo en el plano de los imaginarios geográficos. Ver Silvina Quintero, 2002, Geografías regionales en la Argentina. Imagen y valorización del territorio durante la primera mitad del siglo XX. Scripta Nova. Revista Electrónica de Geografía y Ciencias Sociales, y Silvina Quintero, 2004, “Los textos de Geografía: un territorio para la nación” en La argentina en la escuela en *La idea de nación en los textos escolares coordinado* por Luis Alberto Romero. Ed. Siglo XXI.

³⁶ Oporto, Mario, 2020, “La educación argentina y la deslatinoamericanización”. En: Pensamientos nuestroamericanos en el siglo XXI : aportes para la descolonización epistémica / Carlos Godoy ; Magali Gomez. - 1a ed. - Remedios de Escalada : De la UNLa - Universidad Nacional de Lanús, 2020. Disponible en: https://upc.edu.ar/wp-content/uploads/2020/04/pensamientos_nuestroamericanos.pdf

una entidad geográfica particular: la *Nación Argentina*. La crasa fisicidad de la multiplicidad de elementos naturales y culturales incluidos dentro de sus límites jurisdiccionales precisa ser “connotada”, es decir, reinvestida simbólicamente como requisito previo para su constitución como tal. El poder simbólico inherente a los procedimientos político-institucionales desplegados desde finales del siglo XIX en pos de la generación e internalización de una identidad nacional “de patria chica” se desplegó a través de la escuela, el servicio militar, el folletín y, fundamentalmente, el mapa ³⁷.

En rigor, el llamado “nacionalismo territorialista” encuentra su origen no en la cosmovisión nacionalista in strictu sensu, de fuerte gravitación en las escena política política y cultural de las décadas del 20-30 del siglo XX, sino en el liberalismo porteño triunfante en Pavón en 1861 y en el horizonte que se abre para su proyecto político en esa década que adquiere dimensiones nacionales. El nuevo escenario se diferencia del anterior proyecto liberal en la etapa rivadaviana que entendía que la provincia de Buenos Aires y su puerto debía “plegarse sobre sí misma” para aprovechar las oportunidades del comercio inglés desentendiéndose del destino del resto de las provincias unidas. Por fuerza de la realidad geográfica realmente existente la oligarquía porteña y terrateniente debe construir un “proyecto nacional” subordinando, a sangre y fuego, al resto de las provincias a sus intereses ligados a la apropiación exclusivista de la renta generada por el comercio exterior con base en la aduana del puerto de Buenos Aires³⁸.

En ese contexto, el sistema educativo en gestación con la creación de los colegios nacionales en distintas provincias que tenían como objetivo la formación de las elites provinciales en función de las necesidades del proyecto porteño en donde la geografía como disciplina tuvo un papel preponderante por su capacidad de internalizar una determinada imagen de país y representaciones geográficas legitimadas conforme a los valores dominantes del proyecto encarnado por el mitrismo³⁹. Una formación territorial argentina que luego de la

³⁷ Quintero S., op. cit y Wortman, A, 2009. “Cultura y Estrategia para el Mercosur”. Ficha Seminario DPPIR FLACSO, Bs. As.

³⁸ De ahí que Juan Bautista Alberdi afirme que “la federación argentina es una especie de alcancía en que todas las provincias guardan sus rentas, pero cuya llave está en manos de Buenos Aires y cuyo tesoro sólo sirve al que tiene la llave. La llave es el puerto de Buenos Aires”. Agregando que “no son los unitarios y federales, son Buenos Aires y las provincias. Es una división de geografías, no de personas; es local, no política. Con razón cuando se averigua quiénes son los unitarios y federales y dónde están, nadie los encuentra; y convienen todos en que esos partidos no existen hoy; lo que sí existe a la vista de todos es Buenos Aires y las provincias, alimentando a Buenos Aires” Alberdi, Juan B. 2007, “Grandes y pequeños hombres del Plata”. Bs. As.: Punto de Encuentro.

³⁹ Para profundizar ver Quintero, S. 1995, “Geografía y Nación. Estrategias educativas en la representación del territorio argentino (1862-1870)”. Cuaderno de territorio n° 7. Instituto de Geografía, FyL.

federalización de Buenos Aires en 1880, donde el mitrismo es derrotado militarmente por las fuerzas nacionales al mando de Julio Argentino Roca en tanto expresión del antiguo patriciado de raíz federal devenido en oligarquías provinciales, adquiere la configuración contemporánea con la incorporación efectiva de la Patagonia y el Chaco al estado federal ya consolidado luego de 70 años de guerras civiles, en el contexto del proceso de estatalización de las unidades políticas a escala mundial y la emergencia del imperialismo británico.



Nuevo mapa de la República Argentina publicado por la Oficina Cartográfica de Pablo Ludwig ,
1914.

Desde la perspectiva aquí asumida, la identidad nacional contingente “ Argentina, granero del mundo”, “ sucursal de Europa en América”, “ país de la pampa y la estancia” entre otras representaciones, si bien producto de una construcción político-cultural que opera en una instancia subjetiva, imaginaria e ideacional que nada tiene de natural, no deja de ser expresión de lo real. Detener la reflexión en aquella primera premisa- “la nación como constructo”- implicaría dejar de ver que las identidades ofician de marcos de percepción, referencia y significación que guían y motorizan la acción efectiva de los grupos y

personas⁴⁰ . En este sentido, se materializan no solo en el plano imaginario, retórico o argumental sino estrictamente real, en tanto se internalizan como *habitus*⁴¹. Así, lo identitario no estaría determinado de antemano al no poseer un carácter esencial, prepolítico o a-espacial. Su contenido y alcance dependerá de la dinámica sociopolítica de cada contexto en función de coordenadas histórico- geográficas específicas pero tampoco se reduciría a meros juegos de sentido, en alguna medida arbitrarios, o “ficciones” impuestos de arriba hacia abajo por parte de las elites de producción simbólica supeditadas a las determinaciones de poder. Una perspectiva en la que mayorías devienen actores pasivos y que niega al pueblo realmente existente su carácter de sujeto político por excelencia.

La complejidad y riqueza de los procesos históricos y territoriales sedimentan identificaciones y parámetros culturales que no son meramente imaginados o predeterminados por voluntades de poder en la medida que se hacen cuerpo y comienzan a formar parte de la cotidianeidad de los sujetos históricos interpelados. Lo que se trataría entonces es identificar y comprender el proceso de internalización (o no) de esos “constructos en un nivel de afectación cotidiana, micropolítica, en tanto garante último de los procesos de construcción estatal. En definitiva, poco importa su origen como constructos sino (el potencial) grado de apropiación y sedimentación alcanzado. Los “constructos”, de ser eficaces en términos de apropiación social, comienzan a operar en un plano ontológico al oficiar como sentidos de pertenencia. Son, existen , en la medida que la experiencia cotidiana se (re)apropia de “lo nacional” en sus propios términos ético-culturales y coordenadas vitales. Así, los sentidos de pertenencia anudan en un solo movimiento la experiencia vital, única e intransferible de millones de ciudadanos de a pie, con el proceso de formación estatal fuertemente co-constituyente de la Nación, ahora reapropiada y reinvestida por las mayorías⁴². Desde la mirada aquí desarrollada “Argentina” por caso, “Chile”, “Uruguay” o cualquier otro país latinoamericano son algo más que una idea, representación o mero constructo del orden oligárquico. Exceden un conjunto de recursos institucionales, económicos y atributos culturales o naturales. *Son* ontológicamente hablando, porque *están*,

⁴⁰ Grimson, Alejandro, 2011, “Los límites de la cultura. Crítica de las teorías de la identidad” Buenos Aires. Siglo XXI Ed.

⁴¹ Bourdieu, P. op. cit.

⁴² En este sentido, la construcción nacional resultó eficaz en tanto que “(.) una formación social se reproduce como nación sólo en la medida en que el individuo se instituye como ‘homo nationalis’ desde su nacimiento hasta su muerte, por una red de aparatos y de prácticas cotidianas”, más allá de las sucesivas erosiones, resignificaciones y/o reconfiguraciones. Ver Balibar y E. Wallerstein, I., 1991, *Raza, nación y clase*. Madrid:IEPALA

es decir, se encuentran internalizados, reapropiados y reactualizados en el día a día, formando parte de la experiencia cotidiana de las mayorías interpeladas, que lo han hecho cuerpo (el cuerpo, acaso, como el primer territorio). Se trataría entonces de un triple movimiento. El proceso de institucionalización de un orden de poder se encuentra fuertemente imbricado a los procesos de espacialización que, a su vez, es inescindible de procesos de subjetivación en tanto “garante de última instancia” de su legitimidad ontológica. Politización, espacialización y subjetivación como un “nudo borromeo” cuyos lazos se convocan y constituyen mutuamente en incesante interpenetración en tanto como dimensión constitutiva del estado territorial.

Desde una perspectiva que resalta la importancia de la espacialidad en los procesos de formación del estado, Ingrid Bolívar⁴³ interpela los abordajes de tipo jurídico-doctrinario, elaborados de acuerdo a la experiencia histórica de Francia y otros países centrales, que tienden a ignorar dos aspectos fundamentales: el fondo de poder social en el que se inscribe la formación del estado y las dimensiones territoriales involucradas en la configuración estatal resituando las categorías tradicionales en el fondo histórico, sociológico y espacial de las relaciones de poder. La perspectiva territorial permite problematizar aquello que fuera presentado por los enfoques doctrinarios y el funcional-estructuralismo como un movimiento continuo, homogeneizante, de carácter normativo de arriba a abajo y desde los centros a los márgenes como si la espacialidad involucrada fuera una “masa a moldear” conforme al antojo de los escultores, en este caso , las elites oligárquicas negando a las mayorías plebeyas su condición de sujeto político fundamental.

Reflexiones finales

El sentido de nacionalidad forjado a partir del siglo XIX no es estático ni se plasma de una vez y para siempre. Sedimenta, adquiere relativa estabilidad al tiempo que se encuentra en continua disputa y reapropiación por parte de los grupos dominantes tanto como de las mayorías de a pie, “*ayunos de todo, a los que solo les queda la patria*” . Y afirmar esto no es esencialismo. El espacio geográfico además de un territorio jurisdiccional, administrativo, ámbito de expresión de un orden triunfante o espacio de flujos económicos es un *espacio*

⁴³ Bolívar, I.,2010, “Formación del Estado y biografía de las categorías”, en *Nómadas*, nro. 23, Bogotá, pp. 93-107.

existencial que bajo ciertas coordenadas históricas y geográficas, deviene en *sí mismo* agencia política y otorga sentido (algo más que mero significado, la unión fecunda entre sentir, pensar y hacer) a la pregunta acerca de que es *la patria*, y quienes somos -o quienes *vamos siendo*- como comunidad nacional, a partir y a través de ella . O como dice el filósofo europeo “maldito”, Martin Heidegger sobre el habitar – la patria es un poco el hogar que nos da cobijo y sustento- “[hogar es] estar *en y con* las cosas, velando por ellas”. Metodológicamente, la pregunta geográfica clave en torno al *sentido de patria* ya no sería solo el *dónde* sino el *porqué* las cosas/ el sentido de lo propio *ahí* y no en otro lugar, en un giro que va desde el discurso sobre la realidad *a lo real que está ahí*⁴⁴. La pregunta del *Porqué ahí* habilita una secuencia incesante de interrogantes, ¿cuándo? ¿cómo? ¿quiénes? ¿con qué? ¿para qué? ¿para quiénes? Las potenciales respuestas involucran aspectos geopolíticos, históricos, económicos, tecnológicos y culturales que desbordan las características intrínsecas de los lugares en cuestión “a escala doméstica”, en nuestro caso Antártida, Atlántico sur y Malvinas. Espacios cargados de densidad histórica y geocultural y que la comunidad los ubica en la dimensión de lo sagrado (muy particularmente Malvinas). “Geografías inquietantes” que el mapa bicontinental nos trae a un primer plano de visibilidad. ¿Son esos espacios núcleos legítimos del sentido de pertenencia nacional, es decir, de lo propio o, por el contrario, representan meros anexos, complementos o excrecencias, en un relación de ajenidad respecto de la argentinidad forjada a finales del siglo XIX con epicentro en Buenos Aires y la pampa húmeda? ¿ Somos un país agrícola- ganadero o una nación marítima? ¿ Miramos al norte o al sur? ¿ Desde cuál centro de referencia o punto de apoyo no solo locacional sino espiritual?⁴⁵ ¿ Cuáles imágenes cartográficas pueden coadyuvar a promover uno u otro sentido?. Se trata de representaciones geográficas del sentido de nacionalidad que remueven/ (re)lanzan / friccionan sedimentaciones identitarias que a su vez pulsan condiciones para eventuales proyectos territoriales presentes y futuros, dentro del entramado de relaciones de fuerza realmente existente que se expresa de manera multidimensional y trans escalar.

⁴⁴ Torres Roggero, Jorge ,2002, *Elogio del pensamiento plebeyo. Geotextos: el pueblo como sujeto cultural en la literatura argentina*, Córdoba, Sílabo.

⁴⁵ Siguiendo el pensamiento de kusch, y el foco en el *Estar* antes que en el Ser tan caro a la cultura europea, como lo propio el pensamiento indígena y popular americano, allí donde no operan las escisiones tajantes del racionalismo occidental entre sentir/ pensar, individuo/ comunidad, razón pura / razón poética y el ser no puede concebirse sin el estar, o “el estar-siendo”, “(...) Detrás de toda cultura está siempre el suelo. No se trata del suelo puesto, así como la calle Potosí en Oruro o Corrientes en Buenos Aires, o la pampa, o el altiplano, sino que se trata de un lastre en el sentido de tener los pies en el suelo, a modo de punto de apoyo espiritual, pero que nunca logra fotografiarse porque no se lo ve [...] Y ese suelo así enunciado que no es ni cosa, ni se toca, pero que pesa, es la única respuesta cuando uno se hace la pregunta por la cultura.” en Kusch, Rodolfo, 1976, *Geocultura del hombre americano*, Buenos Aires, F. García Cambeiro.

El mapa bicontinental “pone en escena” la geograficidad - es decir, la condensación del conflicto entre proyectos de poder antagónicos a través del espacio - en Malvinas , Atlántico sur y la Antártida que cala hondo en los sentimientos mayoritarios -no así en las elites de producción simbólica- en tanto constituye uno de los núcleos más potentes de la cultura popular argentina que, en buena medida, su condición de política de estado ineludible. El solo nombre o la imagen del contorno de las islas moviliza acciones (y omisiones) y sentidos vitales en torno a los dos polos dilemáticos que moldean Malvinas como campo problemático, “Malvinas, gesta patriótica” o “Malvinas como continuidad del terrorismo de estado”⁴⁶. Desde el planteo propuesto, Malvinas *es* porque *está*. Se hace presente - desbordando toda pretensión de constreñir su riqueza y complejidad a esquemas dicotómicos- porque la comunidad así lo ha decidido e investido más allá de las referencias culturales o ideológicas de los analistas⁴⁷.

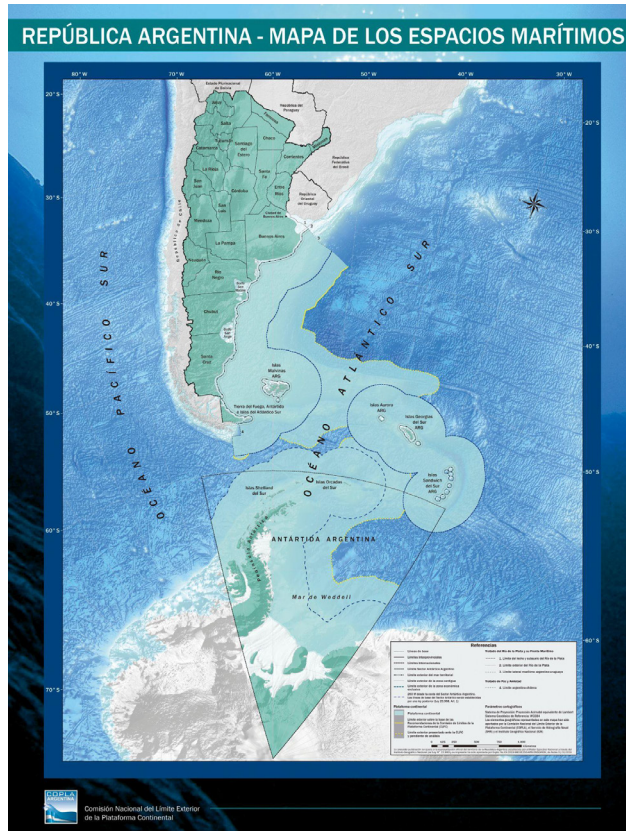
De esta manera, el mapa bicontinental participa activamente como herramienta heurística dentro del áspero campo de disputas en torno al proceso de *desmalvinización*⁴⁸ y al sentido de los acontecimientos de 1982, los caídos, sus familiares y la causa por la cual pelearon. A su vez, interviene de manera creciente en el debate por explotación de recursos en los espacios usurpados, por la presencia argentina en sus espacios marítimos y en el reclamo soberano en la Antártida de cara al próximo escenario post-tratado hacia la década del 2040 o incluso antes⁴⁹.

⁴⁶ Para profundizar ver Vassallo, Sofía et al op. cit.

⁴⁷ Para dar cuenta de la rica y fecunda constelación de marcas malvineras en el paisaje, o “textualidades de la comunidad”, ver el portal multimedial *Muro de la Memoria Malvinera*, elaborado por el Observatorio Malvinas de la UNLa. Una herramienta que permite el acceso a “un decir” que no había sido explorado sistemáticamente por el campo académico. Disponible en <http://memoriamalvinera.unla.edu.ar/>

⁴⁸ Entendido por Julio Cardoso como el proceso de desactivación de pensamientos, sentimientos y acciones en torno a la recuperación de la soberanía territorial en Malvinas y el atlántico sur. Ver Cardoso, Julio, 2013, “La posguerra como campo de batalla” En *Primer congreso latinoamericano. Malvinas, una causa de la patria grande*, (pág. 198) Remedios de Escalada, UNLa. Disponible en: http://www.unla.edu.ar/documentos/observatorios/malvinas/1er_congreso.pdf

⁴⁹ Nada garantiza en el actual proceso de reconfiguración del orden mundial en pleno curso, con la emergencia de la alianza entre Rusia y China como bloque de poder que disputa el comando de la globalización al bloque atlantista controlado por la alianza EEUU- Gran Bretaña, que las condiciones que posibilitaron la firma del Tratado Antártico sean ratificadas en el 2041. De la misma manera, ningún análisis sólido puede aseverar que dicho Tratado no pueda ser vetado con anterioridad a esa fecha conforme a la dinámica de creciente y flagrante conflictividad - que no excluye la esfera militar- entre las potencias mundiales tradicionales y emergentes.



Mapa de los Espacios Marítimos de la República Argentina, Comisión Nacional del Límite exterior de la plataforma Continental (COPLA), 2021.